

923
C

E 111
L 3
v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

SEGUNDA PARTE.

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

CAPITULO I.

Lo desconocido.

No constituye la historia que vamos refiriendo á nuestros lectores una de esas novelas de interes y de enredo, en las que pudiendo el autor inventar los personajes más importantes, y enlazarlos unos con otros resultan infinitas peripecias que mantienen viva la ansiedad del lector y le hacen llegar desde la primera página á la última sin abandonar el libro de sus manos.

Nuestro propósito al bosquejar la figura del inmortal Colon con el soberano pincel de Lamartine, y al seguirle paso á paso poniendo en accion todos los acontecimientos de su vida por nuestra propia cuenta, no es exclusivamente entretener á los lectores, sino hacerles asistir á todos los momentos de la interesante vida del gran descubridor del Nuevo Mundo, para que puedan no solo comprender su portentoso descubrimiento, sino apreciar las circunstancias que precedieron y acompañaron á la conquista de las Américas; y cuanto pudiéramos fingir sobre este punto, seria inferior á la misma verdad.

Por más que con este sistema parezca monótono nuestro

relato, no tenemos más remedio que seguir paso á paso á Colon y recibir con él las impresiones que recibió en su primer viaje hácia lo que él y sus compañeros suponían que eran las Indias.

Tiempo tendremos de distraer la imaginación de nuestros lectores con la narración de las costumbres y de los episodios, de los habitantes de las nuevas tierras en donde iba á penetrar la luz de la civilización bajo la forma del cristianismo, y mientras llegamos á visitar los pintorescos paisajes, las espumosas cascadas, los caudalosos ríos, en una palabra, todos los detalles de aquel país vírgen y fecundo en maravillas, acompañemos á Colon en su expedición exploradora, para no perder un solo latido de su corazón en aquella arriesgada empresa.

Inmenso es el valor de aquel hombre y grande el prestigio que tenía á los ojos de los que le seguían.

¿Puede darse más etrevida empresa que la de entregarse á una frágil tabla para recorrer las inmensidades del mar sin rumbo fijo, por una senda erizada de escollos y sin más porvenir que lo desconocido, ese terrible é insondable abismo que lucha con el génio y le aniquila la mayor parte de las veces?

Pero Colon había logrado transmitir su fe á los que le acompañaban, y todos anhelosos, salieron de la barra de Saltes el viernes 3 de Agosto de 1492, á las ocho de la mañana, después de haber cumplido todos sus deberes de cristianos.

Gran conocedor de los hombres, Colon se propuso ocultarles parte de la distancia que andaban diariamente, por si acaso tardaba mucho tiempo en hallar tierra, y su paciencia se acababa.

Durante todo el día anduvieron las embarcaciones hácia el Sur sesenta millas ó sean quince leguas (1).

¹ Colon usaba millas italianas de mayor extensión que las españolas, puesto que cuatro de aquellas equivalen á tres y estas á la medida de una legua.

El rumbo que llevaban era hácia Canarias.

Los dos días siguientes no ocurrió nada de particular en la expedición.

El camino que seguían era conocido, y todavía no había empezado á apoderarse de su alma la zozobra.

El día 6 ocurrió un accidente.

El timón de la carabela *Pinta*, mandada por Martín Alonso Pinzón, se rompió.

Apénas se informó de este suceso el almirante, se trasladó á la carabela, y comprendió desde luego cuál era la causa de aquel siniestro.

Aunque convencidos y entusiasmados por el lenguaje de Colon, Gómez Rascon y Cristóbal Quintero, dueños de la carabela, en el momento de partir, sintieron en extremo haberse dejado dominar por la elocuencia del almirante; durante los dos días de viaje que llevaban, habían reflexionado, y querían á toda costa detener su marcha.

De acuerdo aquellos dos hombres idearon un medio de que la embarcación no pudiera continuar el viaje, más que por otra causa por quedarse en Canarias; y aprovechándose de la oscuridad de la noche y de un momento en que Martín Alonso Pinzón estaba distraído, hicieron lo posible para inutilizar el timón.

Aquel golpe era terrible, porque no era posible que la embarcación continuase el camino, y si tenía que quedarse el almirante al principio de él sin Martín Alonso Pinzón, con cuyo esfuerzo y pericia contaba sobremanera, se privaba de uno de sus más importantes servidores.

No tardó en comprender que Rascon y Quintero habían sido los autores de aquella felonía, y para castigarlos los mandó conducir á su nave, considerándolos allí como sus prisioneros.

Arreglóse el timon de la mejor manera posible, y pudo llegar hasta la isla de Lanzarote, no sin que ántes hubiera grandes discusiones entre los pilotos de las tres carabelas del almirante acerca de la situacion que ocupaban y de la distancia à que se hallaban de la isla de la Gran Canaria.

Viendo que era imposible que *La Pinta* pudiese acompañar á las otras dos carabelas, resolvió Colon llegar hasta la Gran Canaria para cambiarla allí por otra embarcacion en buen estado, y hacer que la mandase Martin Alonso Pinzon, de cuyos servicios no queria privarse.

El domingo 9 por la noche llegaron á la vista de la Gomera, y por mandato del almirante se quedó en aquella costa Martin Alonso Pinzon.

Poco despues dispuso Colon tocar en Tenerife.

Allí permanecieron algunos dias miéntras se arreglaba la embarcacion, y despues volvieron á la Gomera.

El 2 de Setiembre estaban las tres embarcaciones en estado de continuar de nuevo su interrumpido viaje.

La llegada de aquellos intrépidos marineros produjo gran sensacion en la Gomera, donde á la sazón gobernaba aquella isla doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que fué despues el primer conde de la Gomera.

Enterados de los deseos y de las aspiraciones de Colon, le dijeron los habitantes de la Gomera que todos los años veian tierra al Oeste de las Canarias, lo cual no extrañó Colon, porque estando en Portugal habia hablado con un marino que desde la isla de la Madera habia ido á Lisboa á pedir al rey auxilios para explorar la tierra que veia desde las islas Azores, y habia manifestado lo mismo.

Obsequiados por sus compatriotas y provistos de víveres, se despidieron de ellos el juéves 6 de Setiembre para continuar su viaje.

Un nuevo contratiempo surgió, y puso en gran aprieto al almirante.

Por una carabela procedente de la isla de Hierro, supo que tres embarcaciones de Portugal andaban por aquellas aguas acechando la llegada de los buques de Colon, con el objeto de destruirlos.

El rey de Portugal, disgustado porque Colon habia desechado sus proposiciones, y envidioso de que el ilustre genovés pudiese conquistar para el reino de España la gloria que en otro tiempo le habia ofrecido, mandó aquellas galeras con el objeto de que interrumpieran su viaje, y si era posible, le aprisionasen y le llevasen á Lisboa.

Gracias à la precaucion de Colon, esta tentativa fué estéril.

Aprovechando la calma, permaneció dos dias entre la Gomera y Tenerife, y cuando comenzó á soplar el viento, tomó el rumbo hácia el Oeste, y se libró de la persecucion de sus enemigos.

El desaliento de la tripulacion empezó á notarse.

Parecia que costaba trabajo á los marineros separarse de aquellas aguas conocidas, y Colon, que vigilaba todos sus actos, que los exhortaba á todas horas, que los animaba á cada instante, tenia en muchas ocasiones que guiar el timon por sí propio, para que la marcha no fuera tan lenta como querian los marineros.

De pronto se aumentó el temor de aquellos navegantes.

El volcan del pico de Tenerife se inflamó, los rayos que lanzaba de su candente seno se reflejaban siniestramente en el mar.

Los marineros creian ver en aquellas llamas la espada de fuego del ángel que arrojó al hombre del Eden, y se figuraban que se levantaba enfrente de ellos para impedirles avanzar por los mares desconocidos.

El almirante tuvo que visitar las tres embarcaciones para disipar el pánico que se había apoderado de su gente y explicar á aquellos hombres ignorantes las leyes físicas de aquel fenómeno.

Pero cuando perdieron de vista el pico de Tenerife, se apoderó de su espíritu tanta tristeza como temor le habían infundido sus llamas.

Parecíales aquella luz el límite, el último faro del universo, y al perderle de vista, se creyeron como separados de la tierra para navegar en el éter de otro planeta, y cayeron en una dolorosa postracion.

Ocho días navegaron las carabelas sin ver más horizonte que el mar y el cielo que se unían en todos los confines á su vista.

Por fin, el día 11 de Setiembre los marineros de la *Niña* vieron dos aves llamadas una *garjao* y otra *rabo de junco*, las cuales, en concepto de muchos, eran indicio de que se hallaban cerca de tierra, puesto que estas aves nunca se apartan de ella más de veinte ó veinticinco leguas.

En la noche del 12 de Setiembre vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego, como á unas cuatro ó cinco leguas del sitio en donde estaban.

A aquella altura empezaron á experimentar unos aires tan templados, que les hacían recordar las mañanas de Abril y Mayo en Andalucía.

Y para mayor contento suyo, puesto que su único afán era encontrar pronto tierra, empezaron á ver sobre el agua algunas manchas que parecían de yerba verde.

—Sin duda nos acercamos á tierra firme, decía Velez de Mendoza á Colon paseándose sobre la cubierta de la *Santa María*.

—¿En qué os fundais para creerlo?

—En esa porción de yerba que arrastran las olas del mar.

—En efecto; indican la proximidad de tierra; pero no de tierra firme: sin duda estamos próximos á alguna isla.

Al día siguiente vieron mayor cantidad de alga que las olas arrastraban desde Poniente.

Por la noche observó Colon las variaciones de la aguja de marear, fenómeno completamente desconocido entónces.

Descubrió que la aguja en vez de señalar á la estrella del Norte, se inclinaba unos cinco ó seis puntos al Noroeste.

Admirado de esto continuó haciendo observaciones y se convenció de que la variación aumentaba á medida que avanzaba en su marcha.

Comprendiendo cuán dispuestos á alarmarse estaban sus compañeros, les ocultó sus observaciones, pero los pilotos á su vez consultaron las agujas, y no pudiendo explicar lo que pasaba, cayeron en una profunda consternación.

Temían que perdiese la aguja su misteriosa virtud y unos á otros se preguntaban:

—¿Qué va á ser de nosotros sin rumbo fijo en medio del vasto y solitario Océano que nos rodea?

Su pesadumbre no tardó en comunicarse á los marineros, que estaban acostumbrados á leer en sus ojos las esperanzas ó las dudas que abrigaban acerca del feliz término del viaje.

Conociendo Colon la mala impresión que había hecho en los pilotos el exámen de las agujas, puso su ciencia en tortura para buscar los medios de calmar el terror de su gente.

—Nada temais, les dijo, la aguja no apunta exactamente á la estrella polar, sino á un punto fijo é invisible. No es falacia de la aguja la variación, sino el movimiento de la estrella misma, que como los demás cuerpos celestes, sufre cambios y revoluciones describiendo cada día un círculo alrededor del polo.